JAIME ACUÑA.

A Francisco Zavala.

I

Después de muy larga ausencia
retorna á su casa Jaime,
y al penetrar en su estancia
se detiene un breve instante.
Allí unos brazos queridos
deben estar esperándole,
y unos purpurinos labios
que de amor sólo han de hablarle.
Y allí escuchar ha creído,
allí mismo, en los umbrales
de la puerta, los rumores
de dulces besos, y frases

de halagadoras promesas,
y hablar oyó de un enlace
en risueño paraíso
de placeres inefables.
Con mano crispada y trémula
el endeble cancel abre,
y entra y palidece y calla
del asombro ante la imagen.
Allí están, la esposa adúltera,
Inés, su dueño, su arcángel;
y Lope, su hermano Lope,
de quien él ha sido padre.

II

—¡Lope!... ¡Inés!—murmura, y mira
aterrado á los amantes;
los mira inmóviles, mudos,
pálidos como cadáveres;
sin calor frentes y labios,
sin latido el seno exangüe,
todo espanto la mirada,
todo estupor el semblante.
Jaime ruge, el hierro empuña
y lo esgrime; mas no sabe
á quién matará primero...
¡Porque es forzoso que mate!
Se acerca á Lope...¡Es su hermano!
¡Carne de su misma carne!
Se acerca á Inés.. ¡Es su alma!
¡De sus propios hijos sangre!

Se acerca á la una y al otro,
entre el uno y la otra párase,
y vuelve hacia ellos y de ellos
torna airado á separarse.
¿Jaime Acuña estará loco?
¿Qué va á hacer? ¿Qué es lo que hace?
¿Conque es verdad lo que mira?
¿Ellos son los miserables?
¿Lope, á quien crió desde niño,
así paga sus bondades?
¿Así Inés destroza el nudo
hecho al pie de los altares?
¿Qué es el mundo, la existencia,
sin un amor que la halague?
¡El alma sin esperanzas
sus ligaduras desate,
deje en la tierra las flores
que vió en el polvo secarse.
y á otra región, á otra vida
Jaime al cielo la mirada
levanta ardiendo en coraje,
balbute algunas palabras
que de su pecho no salen,
vuelve contra él la filosa
punta, se la clava, y cae,
y ensangrentado murmura:
"Orad sobre mi cadáver."—
Un doble grito, espantoso,
resuena, rasgando el aire,
y en una vecina torre
dan las doce en ese instante.

III

De una desierta capilla
bajo la sombría nave,
está una estatua yacente
sobre un sepulcro de jáspe.
Dicen que es de Jaime Acuña
aquella estatua la imagen;
clavado tiene en el seno
un puñal mohoso de sangre,
de sangre añeja, y murmuran
vicarios y sacristanes,
las gentes todas del pueblo,
y lo afirma hasta el alcalde,
que aquel puñal es el mismo
con que Acuña logró darse
airada muerte una noche;
mas la causa, no la saben.

IV

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,
y en él penetra una dama
vestida con negro traje.
Hacia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales,
y de hinojos se prosterna
ante la estatua de Jaime.

Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante,
y una tras otra en el mármol
sus tristes lágrimas caen.

—

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,
y envuelto en obscura capa
entra un hombre con pie grave.
Hacia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales,
y se detiene en silencio
junto á la estatua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante,
y una tras otra en el mármol
sus tristes lágrimas caen.

—

Los dos parece que miran
la helada estatua animarse,
que el duro mármol golpea
el corazón palpitante,
que aquellos ojos se encienden,
que aquellas arterias laten:
aun creen que les salpica
el rostro la ardiente sangre,
y que los lívidos labios
por la vez postrera se abren,

y ensangrentados murmuran:
"Orad sobre mi cadáver."
Y en la torre solitaria
dan las doce en ese instante,
y un doble grito espantoso
resuena, rasgando el aire.

V

Hay gran tumulto en la Iglesia,
las gentes entran y salen,
todo el mundo se hace lenguas,
y es que el mundo nada sabe;
no sabe por qué motivo
los cuerpos helados yacen
de Doña Inés y Don Lope,
junto á la estatua de Jaime.

1879

JUAN FARRIZ.

A Joaquín Baranda.

I

Apenas del sol ardiente
entra un débil rayo de oro
que alumbra el recinto estrecho
de un obscuro calabozo.
Sobre un jergón, en el suelo,
apoyando en él los codos,
sobre los codos las manos,
y entre las manos el rostro,
está un anciano abatido
por el dolor y el insomnio,
la tez marchita y arada,
secos y ardientes los ojos.

Allí la humana justicia
guardóle un año tras otro,
y allí vió correr los años
en cautiverio espantoso.
Diez lustros cumple aquel día,
y al tender la vista en torno,
no halla una amiga mirada,
ni un semblante cariñoso.
¡Nadie...! ¡Nada! ¡No! ¡Mentira!
Ni está aislado, ni está solo;
allí está con sus memorias
y con sus recuerdos todos.
Allí están sus alegrías
y sus tristezas, sus odios,
sus afecciones... ¡Un mundo
con él en su calabozo!
—Padres, hermanos,—exclama.—
¡Cuántas veces os vi en torno
de una mesa, en mis natales!
¡Y yo en medio de vosotros!
¡Cuánta luz, cuánta alegría
en aquel semblante hermoso,
madre del alma, el primero
que vi cuando abrí los ojos!

—

Juan Farriz sintió en su pecho
un dolor fiero, espantoso:
en el insondable abismo
de la conciencia, muy hondo,
creyó contemplar la imagen
de su madre... Sintió el soplo

de su aliento..... Y oyó el eco
de su voz, y luego el sordo
gemido de sus dolores,
entre el murmullo monótono
de sus rezos, y el tristísimo
estertor de sus sollozos.
Juan Farriz sintió en su cráneo
algo terrible, monstruoso,
como tempestad airada,
como rugidos del noto,
como el chocar de las olas
en los peñascos del ponto,
y brotar quiso á torrentes
el llanto, y rebelde y sórdido
volvió á estancarse su llanto
del corazón en el fondo.
Llanto que es sangre del alma
que arroja el alma, copioso,
cuando la pena la ahoga
de la desdicha en el colmo.

—

Juan Farriz miró en seguida
de su jergón en contorno,
girar pálidos, horribles,
con fieros semblantes torvos,
á los que hirió con su mano
en un encuentro alevoso,
ó en la guerra, ó como bueno
y frente á frente y sin dolo.
¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito
de miseria y de abandono!....

¡Hijos sin padre...! ¡Sin hijos
tantos padres cariñosos!
Y Estrella, allí estaba Estrella,
virgen de cabellos blondos,
de negra ardiente pupila,
y semblante melancólico;
la que sufrió de sus padres
por Juan Farriz el encono;
la que en el hogar querido
por Farriz lo dejó todo,
las rosas de sus arriates,
y sus pájaros canoros,
y la pequeña alcancía
de sus modestos ahorros;
y al viejo mastín que estaba
mirándola siempre absorto,
entre el lecho y el altar
de su blanco dormitorio;
Estrella que sin amparo
cayó desde el cielo al lodo,
del infame abandonada
en el fangal del oprobio;
Estrella... Y después de Estrella,
Juan Farriz contempló atónito
el flaco espectro de un niño,
que es su trasunto, que es otro
Juan Farriz, su imagen viva,
que hacia él convierte lloroso
el demacrado semblante
donde nunca dejó un ósculo...
Y... "Padre,"—le gritó el niño,—
me muero, padre, me ahogo,

me falta el pan y no tengo
ni amor, ni besos, ni apoyo...
Padre... ¿Dónde está mi madre?
No escondas, padre, los ojos,
mírame: ¡el hambre y el frío
van á matarme muy pronto!
No huyas, padre... Espera, espera.
Saltó junto al lecho tosco,
y apoyándose en los muros
de aquel recinto espantoso,
acosado por el niño
sin parar un punto solo,
le daba vueltas y vueltas
de su prisión al contorno.
Tornaron á su memoria
sus crímenes y sus odios;
tras el niño aparecieron
los espectros espantosos
de otras víctimas... De nuevo
oyó sus risas.... Sus roncos
gemidos, y maldiciones
y juramentos y votos,
y al fin lo mismo que cae
en los breñales de un soto
acosado por la jauría
sin fuerzas y herido un lobo,
Farriz, convulso y lanzando
un gemido estertoroso,
cayó sobre las baldosas
frías de su calabozo...

II

De la prisión á la entrada
llega un hombre; los cerrojos
descorre, y entra y le dice:
—Farriz... Muere de alborozo;
Farriz, despierta... Tus padres,
y Estrella, y tu hijo, y todos
están allí... Todos viven:
ya estás libre... ¿Te haces sordo?—
Juan Farriz no contestaba,
abrió sus párpados rojos
y fijó en el carcelero
las miradas de un beodo.
—Contempla abierta tu cárcel,
y la luz y el cielo hermoso,
Juan Farriz. ¿Por qué te callas?
¿Por qué miras de este modo?
Juan Farriz, ¿eres el mismo?
¡Por Dios que te desconozco!—
Juan Farriz no respondía...
¡Juan Farriz estaba loco!

1880.

ALFREDO.

A la memoria de mi hermano Alfredo.

(† en Mérida el 16 de Enero de 1879.)

I

Aun en los floridos años,
de amor y esperanza lleno,
honor de la hermosa tierra
que avara esconde sus huesos.
vió morir de sus amores
un delicado renuevo,
flor del alma, flor que apenas
abría el cándido seno.
Ni un gemido de las auras,
ni una lágrima del cielo,

ni de la noche apacible
el tierno lánguido beso,
temblar las débiles hojas
del cáliz límpido hicieron,
cuando perdido el aroma
rodó cadáver al suelo.
que avara esconde sus huesos!
Y él lloró tan gran desdicha
de amor y esperanza lleno,
honor de la hermosa tierra
que avara esconde sus huesos!

II

Angel que del éter vagas
en el impalpable velo,
¿por qué del padre amoroso
giras en torno del lecho?
De airada parca desvía
el rudo golpe violento,
de la implacable guadaña
embota el filo siniestro.
Tus blancas alas escuden
el nobilísimo pecho,
donde ardió la fe que brilla
en las lámparas del templo,
la que abrió al israelita
del Mar Rojo los senderos,
la que alboraba en el Gólgota
en los ojos del Cordero.

III

Angel que del éter vagas
en el impalpable velo,
dale vida al moribundo,
dale vigor á su aliento,
mira el combate espantoso,
escucha el múltiple ruego,
los pobres un padre pierden,
los ricos un alto ejemplo,
la gratitud el tesoro
de sus ardientes afectos,
la desdicha una esperanza
y la esperanza un consuelo!

IV

En vano el ángel implora
en el alcázar eterno:
el Señor de los señores
así lo tiene dispuesto.
Allí le esperan los santos,
allí le aguardan los buenos,
allí junto al trono altísimo
está vacando un asiento.

V

"Alfredo," gritan en torno
del escogido, los siervos....

¡Alfredo! ¡Alfredo!... La muerte
descarga el golpe certero,
abre sus puertas la gloria,
una sepultura el duelo,
y con lágrimas y flores
se cubre el mortuorio féretro.

VI

Aquel invisible drama
tocó al fin su inicuo término;
quedó de la hermosa vida
un indeleble recuerdo,
el hermano sin hermano,
sin padre los hijos tiernos,
y la esposa sin esposo
y el risueño hogar desierto.
En tanto, el ángel querido
del Hacedor mensajero,
va con el alma del padre
por las regiones del cielo.

Enero de 1880.

PER-ANZURES DE RIVERA.

(Romance.)

I

—"En el campo de batalla,
tras de la ruda pelea,
me contaron tus traiciones
y tus perjurios, Estrella.
Supe allí que la honra mía
diste de tu amor en prenda,
infame noche, en los brazos
de Rodrigo de la Cerda.
Y por si acaso lo dudas,
allí tienes su cabeza,
que yo separé del tronco
con un cuchillo de guerra,

después de luchar entrambos,
frente á frente y diestra á diestra,
después de hacerle en el pecho
mortal herida sangrienta."
Esto á su esposa decía
Per-Anzures de Rivera,
con labios como de nieve,
con ojos como de hiena;
sacando bajo el embozo
y arrojándola á la tierra,
la cabeza ensangrentada
de Rodrigo de la Cerda.
Lívido despojo mudo
de una varonil belleza,
de lacio cabello y corto,
de poblada barba y negra.

II

Calló Anzures un instante
de horrible calma suprema,
y tomando nuevo aliento
prosiguió de tal manera:
"A esto vine á mi morada
y á celebrar tus exequias,
porque es fuerza que esta noche,
vida de mi vida, mueras.
En este pomo te traigo,
y es prodigio de la ciencia,
mortal tósigo, que en breve
hará que por siempre duermas."

—"Jamás," responde la dama,
y torna á una cuna, llena
de ansiedad y de congoja,
la mirada descompuesta.
—"¡Hola!, gritó Per-Anzures:
espera, mi amor, espera;
yo nada de esto sabía.....
¡Aun me faltaba esta afrenta!
Si no apuras ese tósigo,
si no lo apuras, Estrella,
en sangre de esta criatura
te vas á teñir tú mesma."
Brilló desnudo el acero,
y entonces, pálida y trémula,
sin exhalar un gemido,
sin formular una queja,
al desprenderse del párpado
una lágrima postrera
de hondo maternal cariño,
apuró el tósigo Estrella.

III

Están de duelo las gentes,
está de duelo la aldea,
y está de cuerpo presente
el cadáver en la iglesia.
con obscuro y denso velo
estaba su faz cubierta;
lo demás amortajado
con ricas fúnebres telas.
La esposa de Per-Anzures

murió de muerte violenta,
ahogóla la sangre, dicen
unos; que la peste horrenda
dicen otros, y otros muchos
que el placer y la sorpresa
de ver á Anzures, matóla,
pues no le avisó su vuelta.
Después de los funerales,
sobre unas andas soberbias
llevaron el ancho féretro
á la morada postrera
de los Anzures, y todos
suspiraron por Estrella,
que para todos fué noble,
que para todos fué buena.

IV

Diz que á la noche siguiente
por la sombría poterna
de la morada de Anzures,
en negra túnica envuelta,
salió una dama en silencio,
sin escudero, sin dueña,
sola, enteramente sola,
y que aquel que logró verla,
ó creyéndola diabólica
aparición ó alma en pena,
huyó temblando de susto,
tal vez á rezar por ella.
Y diz también que á muy poco
de su viudez, á la huesa

dió su cuerpo Per-Anzures,
que se murió de tristeza.

V

Pasaron años tras años
y (esto dice la conseja;
lo demás nadie lo dijo
antes que yo lo dijera)
se hallaron con que la caja
mortuoria de Doña Estrella,
nunca guardó su ceniza,
que estaba llena de piedras;
y añaden los que la vieron
azorados de sorpresa,
que entre las piedras yacía
una hosca calavera,
con lacio cabello y corto,
con poblada barba y negra.